

# Trabajo ganador Premio Nacional de Periodismo

Como a Cristo, lo traicionan

Categoría: Reportaje/ Periodismo de Investigación

Tipo de Medio: Revista Chilango

Autores: María Idalia Gómez y Darío Fritz

Editor: Felipe Soto

En la versión oficial, Alfredo Ríos Galeana fue capturado en junio pasado en Los Ángeles, California, al intentar cambiar su licencia. Es falso. Nuestra pesquisa demuestra que alguien lo delató buscando recompensa. Ésta es la asombrosa historia de cómo vivió una fuga de 19 años quien alguna vez fue llamado el enemigo público #1.

Por: María Idalia Gómez y Darío Fritz

La mañana de aquel sábado a fines de 1987, en una explanada sobre un costado de la presa del Lago de Guadalupe, al norte de la Ciudad de México, el pastor Abraham Chapa comenzó el rito del bautismo. La ceremonia era calca fiel de la Biblia: moría el hombre viejo entre las aguas y de ellas surgía a la vida el hombre nuevo.

Entre los feligreses que bautizaría, uno en especial lo inquietaba. El grandulón fornido, carismático y bondadoso que el pastor Chapa había conocido siete meses antes quería redimirse. El hombre que a veces parecía niño cuando jugaba fútbol, que siempre portaba una mariconera negra debajo del brazo y que podía ser bronco a la menor provocación, ese hombre, Arturo Montoya, no era como aquellos que el ministro llamaba con escepticismo pecadores secos que salen mojados. No parecía de esas personas que usaban el bautismo para matar las culpas.

Arturo caminó lento entre las aguas heladas, se acercó al pastor y se dejó tomar entre los brazos. Rezaron y gritaron. Lo sumergió dos veces, desde la cintura hasta la cabeza, y regresó a la orilla con los brazos abiertos y pasos más largos, empapado y temblando. -¡Soy otro, me siento otro! -fue su primer grito, con ese vozarrón que ya le conocían cuando cantaba rancheras en las reuniones de grupo y en la Iglesia-. ¡Soy un hombre diferente...! ¡Dios me ha cambiado!

Tenía una enorme sonrisa al punto del llanto.

El pastor Chapa y el hermano Arturo sabían del significado de aquellas palabras. Arturo Montoya había “matado”, esa mañana de 1987, a Alfredo Ríos Galeana. Lo había enterrado en el fondo del lago.

## ENEMIGO PÚBLICO #1

Pero ni siquiera aguas consagradas pueden disolver un pasado tan negro. Alfredo Ríos Galeana, ex militar, nacido en Arenal de Álvarez, Guerrero, en 1951, cargaba sobre sus espaldas un prontuario de tres fugas carcelarias y 60 asaltos bancarios en el Distrito Federal, el Estado de México, Hidalgo, Querétaro y Veracruz. Pero no hay registro capaz de contabilizar cuántas casas-habitación y oficinas públicas atracó en su carrera delictiva de una década. Y tristemente, la cuenta de policías que mató para poder huir, es aún más imprecisa. Y desconcierta que, pese a ser sus víctimas, a la par que deseo de venganza, entre los agentes inspirara admiración. Para ellos y para la prensa era un mito viviente. De ellos recibió su primer bautizo: lo llamaron enemigo público número uno.

Desaparecido, le cargaron otros robos, otras muertes, secuestros y hasta otros hijos. Se dijo que acumuló una fortuna de más de mil millones de pesos de la época (que hoy equivaldrían a 95.5 millones), aunque nadie lo pudo registrar y menos comprobar. Ríos Galeana alimentó su propia leyenda con audacia, rodeado de mujeres, vestido como un dandy, atascado de coñac, tequila o cocaína, ganando las primeras planas de La Prensa, el Alarma o el Excélsior; sonriendo y alineándose el sombrero frente a las

cámaras de los bancos que robaba; inspirando varios corridos y cantando con traje de mariachi en los palenques, y escapando tres veces de prisión. La última, del Reclusorio Sur, en noviembre de 1986.

Los siguientes 19 años estuvo prófugo. Lo creyeron muerto: un criminal así no desaparece sin dejar rastro.

Pero en junio pasado la policía lo recapturó en Los Ángeles, California. Diversos testimonios recabados en México y en Estados Unidos confirmaron que fue la delación de un vecino —que pretendía obtener una recompensa y cuya identidad y monto se mantienen en secreto— lo que lo llevó de nuevo a prisión.

La versión que difundieron las oficinas de licencia y policiales de Los Ángeles, y luego repitieron las corporaciones mexicanas, fue que Alfredo Ríos Galeana bajo el nombre de Arturo Montoya, fue descubierto al renovar su licencia de conducir. Un torpe camuflaje que los medios reprodujeron al día siguiente. En realidad su licencia vencía el día de su cumpleaños, el 28 de octubre de 2007. Él nunca acudió al Departamento de Vehículos de California. La delación provocó que las autoridades estadounidenses pidieran a México la confirmación de la identidad del delincuente. El 11 de julio de 2005, dos semanas después de esa solicitud de información, lo detuvieron en su casa de Santa Ana 2759, en South Park. Salió esposado, y en chanclas.

## ENEMIGO DEL ENEMIGO

Luis Aranda Zorrivas tenía 32 años en 1983. Meticuloso y discreto, alto y fortachón, siempre con la corbata desprendida del cuello, recién había sido nombrado comandante y puesto a cargo de 30 policías para la búsqueda de Ríos Galeana.

Tras seguir la improbable pista de una nota de tintorería e interrogar a decenas de prostitutas de cabaret o soplones, el comandante pudo elaborar el perfil del maleante. El hombre que buscaban era descrito como simpático y violento, tartamudo y bohemio, asiduo de las noches de cabaret en El Cordial —de las calles Madrid y París, en la Tabacalera—; también le informaron que se había hecho un lifting y se operó la nariz, la barbilla, las orejas y los pómulos. Lo notable es que no pretendía esconderse con estas operaciones, sino únicamente verse más guapo.

Esa misma vanidad hacía que Ríos Galeana leyera periódicos sólo para saber qué decían de él. Una mañana se enteró de que un gerente de banco se pavoneaba de haberlo engañado. El día anterior lo había convencido de que no tenían dinero en la caja fuerte, cuando en realidad contaban con 300 millones de pesos (28.7 millones de pesos actuales). «Ese mismo día nos fuimos y les sacamos los 300 millones al cabrón», dijo al comandante en 1986.

Aranda Zorrivas, más calvo y un poco más gordo, aún trabaja en la judicial, si bien ahora investiga delitos sexuales. Pero sigue igual de sonriente, amable y bonachón, cuando rememora que su mejor adversario tenía la costumbre de asaltar una casa antes de ir por un banco, sólo «para asentar los nervios».

-¿Por qué siempre nos roban a nosotros y no a aquellos del banco de enfrente? -le recriminó en la cara a Ríos Galeana una cajera durante un asalto bancario en Veracruz.

«Lo que hicimos fue robarle a los dos», se jactó el criminal en el interrogatorio con Zorrivas.

El primer dato concreto que el comandante obtuvo de Ríos Galeana fue en 1983, cuando encontró en un cateo la foto de una fiesta donde aparecían integrantes de la banda de asaltantes y otros desconocidos, entre quienes se encontraba el boxeador José “Pipino” Cuevas. Para entonces —descubrió Zorrivas— Ríos Galeana representaba una nueva faceta en su vida: se había convertido en cantante, haciéndose llamar “El Charro del Misterio”, bajo los nombres del ingeniero Luis Fernando (o Arturo) Berber Ocampo, Alfredo del Río “La voz que le canta al corazón”, Ignacio Arámbula Álvarez o Luis Fernando Gutiérrez Martínez, y cantaba en los palenques y bares que su manager le conseguía.

Atraparlo tomó dos años de trabajo. Después de hallar su casa de seguridad en Plaza Aragón y permanecer allí dos semanas esperándolo, el comandante estuvo a punto de abortar su captura. Se dirigía a anunciarle al procurador que daría por terminada la misión, cuando le avisaron que la presa estaba llegando a la casa. Era la mañana del 9 de enero de 1985.

Ríos Galeana supo que lo esperaban y corrió, desperdició sus balas, se subió a un camión, se quitó el chaleco antibalas y el saco, convenció a un automovilista de que los judiciales querían robarle, hasta que finalmente se bajó y lo hirieron levemente en el pie izquierdo.

-Ya estoy dado. ¿Quién es el jefe? -se apresuró a preguntar.

Después de todo no era tan valiente, pensó el comandante.

-Yo —respondió Aranda Zorrivas.

-No me golpee. Yo digo todo —adelantó.

Después pidió al comandante que le dejara llamar a su mujer.

-Pasó lo que tú temías —se escuchó decirle—. No debería haber ido a la casa. Me detuvieron.

A las palabras siguió el llanto.

Ya en la procuraduría, al ver a la prensa, pidió unos segundos para peinarse y atender a los reporteros.

-¿Es fácil ser asaltante? -le preguntaron.

-Si fuera fácil —respondió con altivez— usted no sería reportero.

Más adelante arrojó una frase que sonó a fanfarronería: «Me voy a fugar».

En el Reclusorio Sur permaneció 22 meses.

«Soy el hombre que en México y en el mundo ha cometido más asaltos bancarios —los periódicos repitieron sus palabras—. Soy muy inteligente».

La gama de delitos acumulados era abundante: robo, asociación delictuosa, lesiones, daños en propiedad ajena, homicidio y portación de arma de fuego de uso exclusivo del Ejército.

Un comando de ocho hombres y una mujer (la revista Proceso señaló que eran siete hombres y tres mujeres) lo sacó de allí junto con 14 cómplices, a las 14:30 del sábado 22 de noviembre de 1986, durante una audiencia en el Juzgado 33 de lo Penal. Hicieron explotar una granada y el boquete, junto con las metralletas y pistolas, les abrió la puerta. La operación, se diría después en la policía, la pagó un estadounidense vinculado al narcotráfico, Roberto Malvaez, quien fue detenido inmediatamente porque se rompió una pierna durante la fuga. En aquel entonces se señaló públicamente al ex director del Reclusorio Sur, Salvador López Calderón, de haber aceptado 70 millones de pesos para facilitar la evasión.

Aranda Zorrivas era el adecuado para que saliera a buscarlo, pero ya tenía otras tareas. La misión le tocó al Grupo Jaguar. Nunca dieron con él, sólo atraparon a algunos del comando de rescate y, años después, a varios de su banda. Otros murieron.

El caso Ríos Galeana se fue diluyendo en la memoria de la policía hasta salir de la lista de los más buscados.

Pero durante siete años estuvo cerca; no había salido siquiera de la Ciudad de México.

## LA VOZ DE DIOS

El restaurante Carnitas Compadre Toño, el más famoso y recurrido de Cuautitlán Izcalli por sus excelentes barbacoas, solía atender entre sus comensales a un hombre de más de 1.80 de estatura, atlético y muy moreno, que para finales de 1986 se llamaba Arturo Montoya.

Frente al restaurante, poco después de las nueve de la mañana, se podían escuchar los cantos religiosos que salían de una carpa levantada dentro de un terreno baldío. Era el llamado para la reunión de las diez de la mañana y Arturo Montoya, con su esposa y dos hijos, se acercó a los predicadores que estaban en la puerta. Estuvo 45 minutos.

Tres meses después, en los primeros meses de 1987, Arturo había vuelto a la iglesia, junto a su familia, en su automóvil Golf color arena y con ese penetrante perfume de Chanel que lo distinguía.

-Pastor Chapa, tengo un sueño desde que vine aquí y no me lo puedo quitar. Escucho una voz que me persigue. Al principio creía que era la cruda y la coca, y hasta me metí más creyendo que me la podía quitar, pero siguió igual la chingada cosa esa -estaba intranquilo y su tartamudeo se agravaba.

El pastor Abraham lo dejó hablar.

-Es una voz que me dice quedito: «Te llevé a ese lugar para que cambies y te transformes». Por eso vine.

Se quedó en la reunión de ese día. Al salir, prometió al pastor que, si seguía la voz, regresaría a la congregación. Cumplió con su palabra. Durante cinco años no dejaría de asistir cada domingo a las reuniones.

Su incorporación a la iglesia se fue haciendo diaria. Su única ocupación era administrar dos microbuses que había comprado y que trabajaba con dos muchachos que le entregaban la cuenta. El resto del día lo tenía libre y lo ocupaba para ir a tomar con los amigos, visitar a sus novias, comprar droga y, ahora, acudir a la iglesia de su barrio.

Se volvió tan asiduo, que al pastor Chapa le resultaba hasta pegajosa su insistencia en estar allí. Pero él lo compraba con chicles motita, bromas y trabajo. Montoya lo mismo participaba en “sesiones teológicas” que le entraba a la albañilería en la capilla que la iglesia poco a poco construía. Sus manos, poco acostumbradas a la rudeza de la construcción, no tardaron en mostrar callosidades. Una mañana de mediados de 1987 sonó el teléfono del pastor Chapa. Era Luis Fernando, el hijo mayor de Montoya, de unos cinco años.

-¡Pastor, pastor, venga...! -sollozaba- ¡Mi papá va a matar a mi mamá!

En menos de 10 minutos Chapa llegó a la casa de dos plantas y fachada blanca en la calle de Cima, Colonia Atlanta.

Arturo Montoya estaba sudoroso, quizá con unas copas encima, quizá drogado. Sostenía en la mano derecha una pistola negra. El cañón de la .9 mm estaba dentro de la boca de su mujer, Yadira Berber Ocampo, que permanecía hincada, horrorizada, inmóvil y con el rostro empapado en lágrimas. La mano de Arturo estaba puesta en el gatillo, temblorosa, parecía que dispararía.

El pastor le habló de Dios y lo convenció de bajar el arma, se la quitó y lo hizo sentarse en un sillón. Conversaron y luego de calmarlo, rezaron.

La amistad entre ambos se cimentaba. Ese día, Arturo volvió a ser Alfredo Ríos Galeana, pero fue apenas un destello.

Después del incidente del arma, el hermano Arturo se volvería “un mandilón”, según las bromas que le gastaban en la comunidad cristiana. Yadira era la mujer de su vida: alta, tez blanca, ojos grandes y brillantes, delgada y fuerte. Vivía en unión libre con Ríos Galeana, a quien trataba de sacar de la delincuencia. Alguna vez la detuvieron con él, pero fue liberada.

## EL LLAMADO DE LOS ÁNGELES

Se ganó el cariño en la congregación con esfuerzo y trabajo. Creó un pequeño gimnasio, aconsejaba sobre la fidelidad matrimonial, ayudó a una familia obrera, viajaba a Cuernavaca cada miércoles a predicar en el centro pastoral que su congregación abrió en El Rodeo y recorría pueblos miserables acompañado por una treintena de jóvenes para pregonar el cristianismo.

A sus 37 años no había perdido su liderazgo. Antes dirigía bandas de asaltantes; ahora, a jóvenes predicadores. Lo reverenciaban a tal punto que lo apodaron “Alma Grande”.

La conversión definitiva de Ríos Galeana al “hermano Arturo” no demoró más de seis meses. Fue durante un ayuno que organizaron seis pastores en una casa de Cuernavaca en 1987. Montoya no estaba invitado, pero como tantas veces, sin pedir permiso, se subió al carro de los predicadores. El recuerdo no deja de tener su halo místico para Chapa. A tres semanas del ayuno

y después de una discusión teológica acalorada con el pastor Daniel León, el hermano Arturo decidió encerrarse solo en una habitación para orar. De la recámara salió cinco horas después. Su expresión era otra.

-Tuve un encuentro con Cristo... Lo vi, lo vi...

Ninguno de los presentes lo dudó. Le escucharon. Su rostro era dócil.

El siguiente paso fue la confesión.

Era de noche, Arturo Montoya estaba en casa del pastor Abraham Chapa. Oraban. Sin aviso previo, Arturo se hincó frente al pastor y le dijo:

-No me llamo Arturo Montoya. Soy Alfredo Ríos Galeana.

No abundó en detalles, pero le contó de sus asaltos bancarios y el despilfarro que hizo de gran parte del dinero. También le habló de su seguro de vida: la mariconera rectangular de piel negra que siempre cargaba bajo el brazo, donde guardaba su pistola .9 mm y una granada de mano.

-¿Y para qué? -preguntó incrédulo Chapa.

-Si me querían agarrar, me iba a defender. No me iba a ir con Diosito yo solo. Nos íbamos todos juntos.

Chapa no le creyó en ese momento. De todas formas nadie lo vendió ni lo entregó.

El pastor volvió a verlo una semana después: ya no cargaba la mariconera. Dos meses más tarde, lo bautizó. El hermano Arturo predicó en las calles durante cinco años, arropado por los cristianos que se convirtieron en una nueva familia.

Hacia 1992, del dinero de los asaltos ya nada quedaba. ¿Se lo gastó en parrandas, en sus cinco abogados, se lo quedaron su socios, o la policía? La casa de la colonia Atlanta y los dos microbuses eran lo único a la vista.

A mediados de ese año, una portada en La Prensa recordó que el enemigo público número uno seguía libre. Aquel día iba camino al aeropuerto acompañando al pastor Chapa a despedir a un amigo. En cada esquina, donde encontraba un puesto de periódicos, se detuvo a comprar los ejemplares del matutino. La camioneta se convirtió en una alfombra de rostros que delataban el pasado.

En la comunidad cristiana muchos lo descubrieron y otros simplemente no podían creerlo. En todo caso, lo justificaban: Dios lo había perdonado.

Preparó entonces una nueva huida. La demoró hasta septiembre de 1992, porque en agosto sería testigo de la boda de Arturo y Norma, dos de sus pupilos en el teatro cristiano. Vendió los microbuses y, de un día para otro, desapareció.

Cruzó por Tijuana ayudado por un pollero y se instaló en Los Ángeles. Tres años después lo alcanzaron Yadira y sus tres hijos de 15, 12 y 5 años.

## LOS ÁNGELES CONFIDENCIAL

Arturo Montoya comenzó a caminar las anchas aceras de South Gate y Huntington Park. Tenía 42 años y podía sentirse casi como en casa en una comunidad donde abundaban los guerrerenses como él.

El pastor Chapa envió una carta de recomendación al pastor Melvin Acevedo, director de la iglesia de Ebenezer, en Huntington, para que lo recibiera entre sus fieles. No fue difícil hacerlo, recuerda el pastor Fabián. «Era honesto, fiel y capaz para entrenar a otros líderes».

Arropado por los cristianos, el hermano Arturo sumó amigos con su buen humor y servicio a la iglesia, donde cantaba. Pronto rentó una vivienda y halló trabajo en la limpieza de tiendas y oficinas. En dobles turnos fregaba pisos y paredes, aspiraba alfombras y sacudía estantes.

Construyó su propia célula cristiana que llegó a tener 150 integrantes. Ayudaba a los inmigrantes con trabajo y comida.

En la congregación acostumbraban contar su historia para que sirviera de ejemplo. Hoy aseguran que el hermano Arturo nunca compartió su pasado, decía que algún día lo haría y que cuando ocurriera «se quedarán con la boca abierta de saber de dónde me sacó Cristo».

En poco tiempo compró su casa en South Gate, a cuatro cuadras de la iglesia. Sus dos hijos mayores y su esposa comenzaron a ayudarlo en la limpieza de oficinas y echaron a andar su propia empresa llamada Génesis (mismo nombre de su tercera hija) que creció hasta tener 40 empleados. Dormía poco pero el esfuerzo reeditaba. Pagaba impuestos, salarios, daba su diezmo a la iglesia y ayudaba a misioneros. Mensualmente le quedaban 4,000 dólares libres.

Permaneció su gusto por cantar. En casa, con su esposa e hijos, lo hacía a todo pulmón. Luis, el hijo mayor, heredó su gusto por el canto y se aficionó a los teclados. Su hija Diana se incorporó a la policía, en donde también su padre hacía trabajo pastoral.

A Arturo solían llamarlo de otras iglesias para que, vestido con su traje negro de charro, cantara gratis a los cristianos. A partir de 2000 comenzó a escribir sus propias canciones y se había propuesto grabar un disco que regalaría para que sirviera en la misión. «Ándele mi brother, no se me raje. ¡Y échele pa' lante, pues!», era el grito con el que Arturo Montoya comenzaba a cantar su repertorio frente a los fieles.

Podría haber seguido indefinidamente, pero a finales de junio de 2005 alguien llamó al departamento de licencias de California y denunció que su vecino era un peligroso asesino y asalta bancos mexicano

-¿Hay recompensa? -preguntó.

Un regalo del cielo le cayó a la Procuraduría General de Justicia del DF (PGJDF) el 28 de junio de 2005, cuando de la Procuraduría General de la República (PGR) avisaron que autoridades de Los Ángeles querían confirmar la identidad de un pez gordo mexicano. Pidieron cotejar huellas y fotografías, lo que hicieron en seis horas; pero debieron pasar ocho días más para confirmar en los juzgados que estuvieran vigentes las órdenes de aprehensión y los procesos.

Sí, confirmó finalmente la PGJDF el 8 de julio. Arturo Montoya era Alfredo Ríos Galeana.

## EL PRESO NÚMERO 111

Lo que para otros delincuentes hubiesen sido segundos de humillación, para él eran como una pasarela de la fama.

Ya en el avión, los cuatro agentes de la AFI y otro de la PGJDF, así como el fiscal de Mandamientos Judiciales, Jorge Guillén, lo interrogaban. Eran preguntas de rigor para saber sobre otros socios que tuvo y así ayudar a investigaciones en marcha, pero también preguntas curiosas sobre su pasado de mil anécdotas. Respondía con rapidez. Desconocía qué había pasado con sus compañeros de la banda, justificaba su huida a Los Ángeles en el cansancio de delinquir tras la última escapada de prisión, se negaba a hablar de la familia, platicaba de su acercamiento a Dios, del perdón de Jesús.

-Él me ha dado una segunda oportunidad. Me convertí al cristianismo en el gabacho -mentía.

Les cantó a su reducido público el corrido que lleva su nombre y que hicieron famoso Los Invasores de Tijuana.

Para explicar su ingreso a la delincuencia recordó una niñez pobre. Reconoció su obsesión por el dinero, las fiestas y las mujeres. También que lo había perdido todo.

Ni las preguntas ni el diálogo lo llegaron a irritar o cansar. Se rió de la policía que no lo pudo hallar ni cuando permaneció ocho días hospitalizado en un hospital público del DF, herido por un balazo en la espalda que un compañero le disparó en una borrachera.

Llegó al Distrito Federal el 12 de julio. Lo llevaron al Reclusorio Sur donde los agentes de la AFI le regalaron una torta y un refresco. Entregó los 75 dólares que llevaba en el bolsillo, bromeó un poco. Pasó los exámenes médicos, aunque con la presión muy alta. Tras el fichaje y la entrega del uniforme beige, a las 11 de la noche fue registrado como el preso número 111.

Catorce horas después, sin aviso previo, lo trasladaron en helicóptero hasta el penal de máxima seguridad de La Palma. Allí, las dos primeras semanas no recibió visitas, encerrado en su celda, con la luz encendida las 24 horas, sin poder llamar por teléfono. Después pudo avisar a su familia y al pastor Chapa que estaba bien.

La fría prisión, las incomodidades y el abandono mostraron a Arturo Montoya que no había matado a Alfredo Ríos Galeana en el Lago de Guadalupe.

-En la tele sacan a un hombre al cual yo nunca llegué conocer -dice Diana con un español americanizado en el CD armado para difundir su nueva vida y recaudar dinero que lo saque de prisión.

Su hermana Génesis dice no tener vergüenza de su padre, sino orgullo.

Y Luis, el mayor: «El hombre que la justicia persigue ya murió».

En La Palma, Ríos Galeana entona canciones cristianas y pasa las horas mirando la cámara que lo vigila y a ella le cuenta de Jesús. Espera una Biblia y a su esposa que viajó a verlo.

38 mujeres más solicitaron su ingreso para visitarlo. Aseguran ser sus concubinas.

Él sólo espera salir.

### Apartado 1: RÍOS GALEANA, UNA FICHITA

- Nació el 28 de octubre de 1950 en Arenal de Álvarez, Guerrero.
- Su padre estuvo preso y huyó a Estados Unidos, donde murió.
- Hijo único.
- Se enlistó en el Ejército a finales de los sesenta. Llegó a sargento.
- Fue comandante del Batallón de Radio Patrullas (Barapem) que de 1975 a 1981 daba seguridad a la banca y la industria (y extraoficialmente hizo labores de espionaje durante la “Guerra Sucia”).
- Desertó del Ejército.
- Lo detuvieron por primera vez en 1974 por robo; absuelto en 1975.
- Cuatro veces preso; se fugó tres.
- Se ignora a cuántos policías mató (de seis a 100, según la fuente).
- Sólo se le sometió a juicio por dos homicidios que él no reconoce.
- Asaltó entre 24 y 60 bancos e innumerables casas e instituciones, pero sólo se le acusa de cuatro robos.
- Se le imputa un botín de más de mil millones de pesos (equivalentes a 95.5 millones de pesos actuales). Parece que nada quedó.
- Se casó en dos ocasiones y una más vivió en unión libre
- Tuvo siete hijos con tres mujeres.
- Se sometió a cuatro cirugías plásticas del rostro y a un lifting, para verse mejor.
- Se rayó las huellas dactilares en los años ochenta.
- Grabó un LP (El charro del misterio, 1984) y dos discos sencillos de ranchero.
- Participó como extra en tres películas, entre ellas El chupes, (1992) de Paco del Toro que recientemente presentó su filme Cicatrices.
- Estudió en Estados Unidos una carrera técnica.

### Apartado 2: YA CASI LA LIBRABA...

Faltaban cuatro años para que el tiempo prescribiera los delitos de Alfredo Ríos Galeana. En su historia delictiva habría quedado como: “jamás juzgado”.

Aquí su récord jurídico:

Juzgado 29 penal

Expediente 16/85 (vigente)

- Robo
- Asociación delictuosa
- Daño en propiedad ajena

Expediente 32/85 (vigente)

- Asociación delictuosa
- Robo
- Homicidio
- Lesiones
- Disparo de arma de fuego contra agentes de la autoridad
- Daño en propiedad ajena  
Juzgado 3o de Distrito
- Expediente 187/85 (libertad por falta de pruebas)
- Falsificación de documentos  
Juzgado 4o de Distrito

Expediente 20/85 (pendiente de ejecutar)

- Asociación delictuosa
- Robo
- Daño en propiedad ajena
- Portación de arma de fuego para uso exclusivo del Ejército
- Acopio de armas

Expediente 129/83 (pendiente de ejecutar)

- Homicidio
- Asociación delictuosa
- Robo
- Lesiones
- Portación de arma de fuego para uso exclusivo del Ejército